

las dos estuviésemos como tú, figúrate...  
¡Ni un funeral...!

*Arac.*—Respóndeme con sinceridad, Rosario.

*Rosar.*—Te lo prometo, en cuanto me preguntes-

*Arac.*—Oye: ...Si un muchacho como Alejandro, serio, bueno, hasta un poquito reservado, es decir circunspecto, ...llegara un día á casarse con una muchacha...

*Rosar.*—...Como tú; nerviosilla, caprichosita, hasta con un poquito de humo metafísico en la cabeza...

*Arac.*—¿Todos esos defectos tengo...?

*Rosar.*—No, mujer; me he llamado algunos... Te aseguro que sería prolijo enumerarlos...

*Arac.*—Sí, ...eh?

*Rosar.*—Luego, luego nos ocuparemos de tus defectos; sigue ahora con tu suposición..., que me tiene intrigada en el desenlace...

*Arac.*—Eres capaz de estarte callada dos minutos...?

*Rosar.*—Creo que sí. Por lo menos pondré toda mi fuerza de voluntad.

*Arac.*—Pues cállate y ...escucha. Si vieses un matrimonio exactamente en esas condiciones .. ¿Qué pensarías?

*Rosar.*—¿En qué condiciones...?

*Arac.*—En qué condiciones, van á ser, Rosario?

*Rosar.*—Ah, sí. Pues no pensaría absolutamente nada. No te comprendo bien...

*Arac.*—Eso es todo lo que te ocurre... ¿verdad?

*Rosar.*—¡Señor!... Qué harían ustedes una parejita muy igual... Con tendencias románticas, tal vez...

*Arac.*—No, no se trata de nosotros...

*Rosar.*—No...?

*Arac.*—De otros parecidos á nosotros...

*Rosar.*—Ah! bueno. Pues aplico mis palabras á esos sinónimos de ustedes...

*Arac.*—Y nada más dirías?

*Rosar.*—Psch...! También se me ocurriría decirles: «Queridos míos, hagan el favor de venir por casa, de vez en cuando, algún que otro día á comer». En fin que les ofrecería mi amistad.

*Arac.*—De manera que un tal matrimonio, no le encontrarías disparatado...?

*Rosar.*—Sin duda, ni creo que nadie en puridad pueda encontrarlo disparatado...

*Arac.*—Te engañas. El mismo Alejandro.

*Rosar.*—¿Cómo...?

*Arac.*—Como lo oyes. Dice que soy demasiado rica y él, demasiado pobre. Teme el «que dirán» de los desocupados.

*Rosar.*—¡Araceli, ese muchacho ha nacido dos siglos después que sus ideas! ¡Qué probi-

dad más exagerada!

*Arac.*—Pues, hija mía, ahí tienes el obstáculo que nos separa y... de una manera inevitable....

*Rosar.*—Bah! Si te quiere como parece, á fuerza de amor vencerá su escrúpulo, descuida...

*Arac.*—No lo creo.

*Rosar.*—Tales ideas son hermosas, no lo niego; pero á fuerza de ser grandes acaban por ser casi mezquinas...

*Arac.*—Como si el dinero, las riquezas, constituyeran causas fundamentales de la dicha... ¡Maldito dinero!

*Rosar.*—¡Jesús y que exclamación más de dinamita! ...¡Ea! Tus palabras me han decidido; el día menos pensado... ¡Zás! cojo á Alejandro de una oreja y le pongo de rodillitas á tus pies. Yo, también me siento anarquista... y quiero destruir (*D. Tomás. Fondo izquierdo*) esta intolerable situación...

La obra fué desempeñada, como decíamos, por hermosas señoritas y distinguidos jóvenes de la localidad y de la colonia forastera, bajo el siguiente reparto:

*Araceli*, Srta. Anita Fernández.—*Rosario*, Srta. Consuelo Flaquer.—*Quinita*, Srta. Felicia Roca.—*Doña Mercedes*, Srta. Pilar Roca.—*Doña Magdalena*, Srta. Conchita Clapés.—*Matilde*, Srta. Lolita Buyé.

*Alejandro*, D. Francisco Flaquer.—*Guillermo*, D. Rafael Llorca.—*Don Tomás*, D. José A. Fernández.—*Don Casimiro*, D. Ramón Güell.—*Agustín*, D. Fernando Fernández.—*Alfredo*, D. Carlos Llorca.—*Juan*, D. José Burgoa.—*Adriano*, D. Luis Fernández.

Guillermo, un calavera, sobrino de D. Tomás se enamora en San Sebastián, de una prima suya, Araceli. Ignoran los jóvenes su parentesco, y él cuenta á la joven que un su tío, que resulta después de ambos, el propio D. Tomás, quiere hacerle casar con una sobrina. El muchacho para mejor conquistarse el amor de la niña dice pestes de la muchacha con la cual su tío intenta casarlo.

Va adonde éste reside, y con no poco sorpresa se encuentra con que la joven á quien requiriera de amores en San Sebastián es la prima suya destinada á ser su esposa.

Araceli, al ver que su enamorado de San Sebastián y el que le destina su tío para esposo son una misma persona, se siente herida en su amor propio recordando las pestes que echaba sobre ella cuando aun no la conocía.